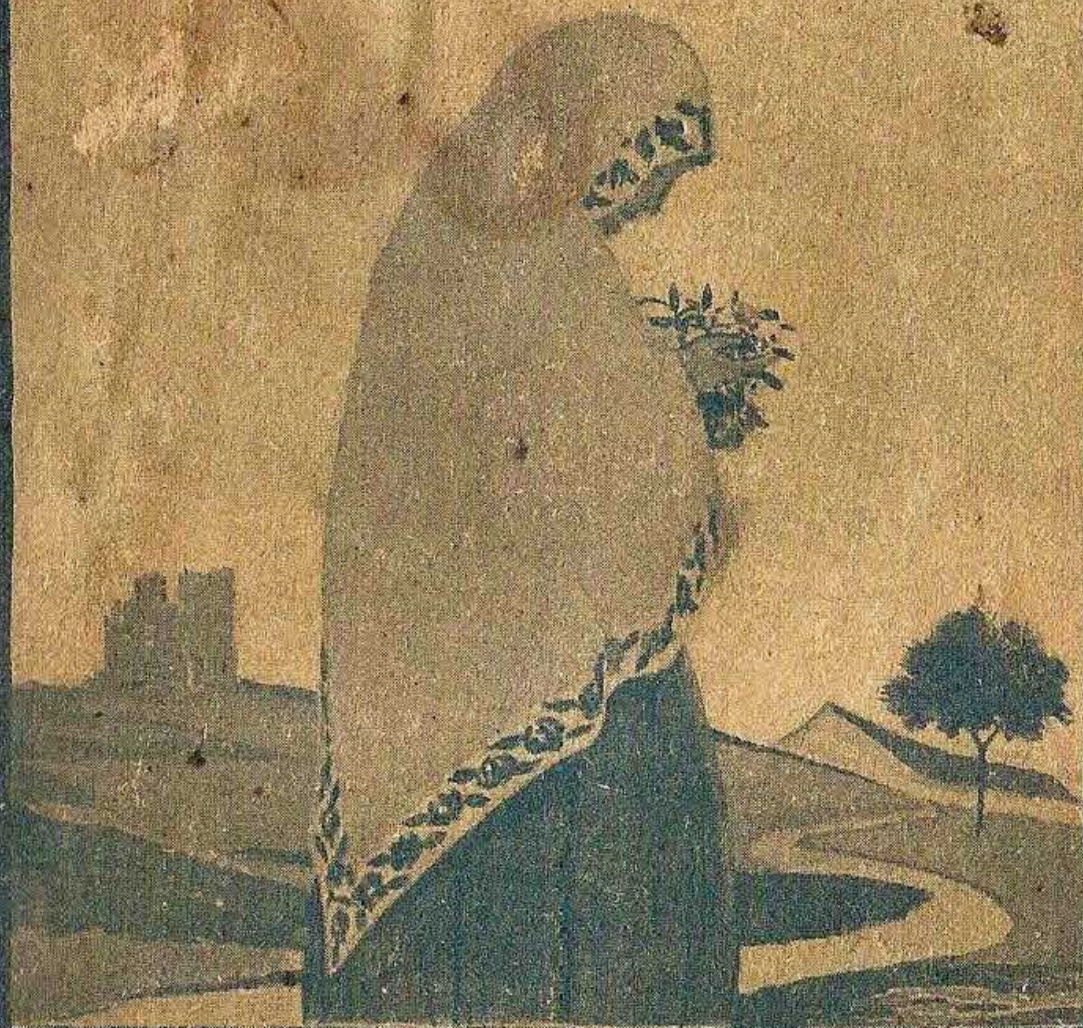


EROS-D. RAZA

➤ POESIAS — EXFREMENAS.

C. FÉLIX.



do por
RIVERO DELGADO - FERNANDEZ
Prólogo
de
Marciano Zurita

TROFEOS DE RAZA

POESÍAS EXTREMEÑAS

POR

RUFINO DELGADO FERNÁNDEZ

PRÓLOGO

DE

MARCIANO ZURITA



Archivo digitalizado por:

BIBLIOTECA VIRTUAL EXTREMEÑA - <http://biblioteca.paseovirtual.net>

TROFEOS DE RAZA



RUFINO DELGADO

PRÓLOGO

Desde que el dulcísimo José María Gabriel y Galán incorporó a la escuela salmantina la honda y fuerte poesía extremeña, Extremadura y Castilla se han aproximado espiritualmente de tal modo que constituyen una sola hermandad literaria, con idénticos ideales, aunque con expresión distinta. Castellanos y extremeños piensan, sienten y sueñan las mismas cosas y de igual manera, sin que afecte nada al fondo de esos pensamientos, de esos sentimientos y de esos sueños — que es, poéticamente, único — la forma gramatical, cuya hermenéutica, sembrada en Extremadura de modismos que a veces parecen elevarla a la categoría de verdadero dialecto, establece algunas diferencias radicales y abre algunas distancias profundas entre el castellano puro, simple, ingenuo, apacible que se habla en las riberas del Pisuergra o del Tormes y el castellano recio, vigoroso, un poco áspero y celta, que se habla en las márgenes

del Guadiana. Por lo demás, el sentimiento eglógico — base primordial de la poesía de ambas regiones — es uno solo, ya se escriba en las vegas salmantinas o en los valles cacereños, en las áridas llanuras de Palencia o en las fecundas dehesas de Badajoz.

Por otra parte, existen también entre las dos regiones aspiraciones tradicionales tan paralelas que hacen de aquéllas una misma comunidad histórica. Si Castilla tiene sus héroes populares en el Cid, en don Severo de Quiñones y en Guzmán el Bueno, Extremadura los tiene en Hernán Cortés, Pizarro y García de Paredes, y si la primera supo aportar su gigante esfuerzo a la reintegridad absoluta de la Patria, la segunda supo extender ésta más allá de los mares en un poderoso anhelo de civilización, de cristianismo y de maternidad. El propio héroe, arquetipo de la estructura espiritual española, Don Quijote, es, al haber nacido manchego, un personaje equidistante de Castilla y de Extremadura y representa por igual al que «con quince luchó en Zamora y venció a los quince» que al que arrancara la pila de una iglesia para ofrecer agua bendita a su novia. Tan qui jotada es arrojar el puñal desde las almenas de Tarifa como quemar las naves en las costas mejicanas.

Somos, pues, castellanos y extremeños, hermanos en el decir y en el pensar, en fervor y en patriotismo, en gallardía y en fortaleza, en sueños y en ideales. Y he

aquí explicado por qué razones de cordialidad concreta y definida, un poeta de Extremadura acude a un poeta de Castilla para que le haga el prólogo de su primer libro de versos.

¿Prólogo he dicho? Bueno. Dicho está, pero no he debido decirlo; porque prólogo, según mi leal saber y entender, supone crítica, y yo no sé criticar. Únicamente sé sentir. Y, ciertamente, no me produce pesadumbre alguna esta superioridad del corazón sobre el cerebro. El corazón no se engaña jamás. El cerebro se equivoca con mucha frecuencia.

Desde muy niño no encontré fuentes de inspiración tan puras, tan deleitosas y tan cristalinas como las que en sus obras me depararon Garcilaso y Fray Luis, Villegas y Meléndez Valdés. Éstos, con Virgilio y con Horacio, empezaron a formar mi espíritu, en el preciso momento en que Gabriel y Galán recibía de las musas castellanas ese suavísimo canto de amargura y de fe, de inmenso dolor campesino y de sublime conformidad religiosa que se denomina «El ama». La lectura de esta elegía rural me conmovió las entrañas con intensidades de aletazo y de impulso. Allí estaba mi Castilla, la «Dolorosa», con los siete puñales — olvido, vejez, miseria, desprecio, enfermedad, desnudez y hambre — clavados en el corazón. Allí estaba mi tierra querida, «la de los mares de enceradas mieses», tendiendo los

brazos cargados de humildes amapolas — gotas de sangres — y de rubias espigas — pedazos de pan — hacia el mudo silencio de los cielos. Estaba el vaquerillo de cuyos sueños de amor nacieron los míos. Estaba el viejo señor cura de la aldea, con quien aprendí a rezar. Estaba el hosco pastor de mis ganados, que colgaba la gaita en cuanto veía un infortunio y se enjugaba las lágrimas en la manga de la áspera zamarra. Estaban los pobres que a mi puerta llegaban pidiendo, humildes y esperanzados, una limosna por el amor de Dios. Y el ama pudo ser mi madre, y el viudo que de tal manera la cantó llorando pudo ser mi padre...

Desde entonces, han pasado muchos años. Una interna evolución racial me ha hecho comprender posteriormente que los males de Castilla no se remedian con lágrimas; que nuestra redención depende exclusivamente del corazón y de los brazos, y mis versos, que empezaron llenos de apacibilidades y de ternuras, están hoy llenos de ansiedad y de protestas. Lo que antes fué canción es hoy grito, lo que en un principio fué paliativo es ahora bisturí. Más que en las curas creo en las amputaciones...

Por eso, más que por nada, acaso, me gustó «El embargo», y por eso también me gusta toda obra poética que venga de Extremadura: porque sé que es viril y rebelde; porque sé que nace mejor en los riscos que en

los manantiales; porque tiene austeridad de abadía y fortaleza de muro, como «El mijaón de los castúos», de Luis Chamizo, y como los «Trofeos de raza», de este nuevo poeta, Rufino Delgado, que pudiendo, justamente, pedir a cualquiera de los grandes escritores actuales un prólogo para su primer libro, lleva su modestia hasta el extremo de querer que sea yo quien lo haga.

Hecho está, aunque nada tenga de prólogo. Pero no sé hacer otra cosa. La crítica se aviene muy mal con mi temperamento. Si al decir lo dicho estuve o no equivocado, lo ignoro, sin importarme el acierto ni la equivocación. Mi sentimiento, como poeta y como español, es ése. El que sepa juzgar que juzgue.

MARCIANO ZURITA

Madrid, 10 de Febrero de 1925.

PRELUDIO

No escribí este librejo con la creencia
de derrochar las galas de la poesía;
lo escribí como apuntes de la experiencia
libre de adulaciones y fantasía.

En él no hay voces bellas, ni de violines
las cadenciosas notas que halagan tanto;
ni encontrarás perfumes de los jardines,
ni de doradas jaulas pomposo canto.

Si en él encuentras flores, serán sencillas,
nacidas de la propia naturaleza:
flores que al lado nacen de las semillas
y que alegran los trigos con su pureza.

Flores que adornan vegas, valles y prados
y que de esencias gratas los campos llena;
son alientos de jaras que van mezclados
con romero, tomillos y yerbabuena.

Sus orquestas son gratas, y forman parte
los silbidos de flautas de pastorcillos,
los cantos de las aves y otros de arte
que con las alas hacen los negros grillos.

No encontrarás sonetos ni madrigales
dedicados a ninfas de bellos ojos
y manos nacarinas, que entre cristales
disfracen sus anemias con tintes rojos.

Las mozas de mi libro son sanas, puras,
con bellezas de nieve y labios de grana;
sus rostros son hermosos, y sus figuras
van derramando gracia por las besanas.

Las hay morenas, llenas de gracia y vida,
que en los sembrados muestran su gentileza:
todas a sus encantos llevan unida
virtudes, sentimientos, honra y pureza.

Sus palabras son toscas, pero sinceras,
y para nada estiman sus rostros bellos:
saben que las bellezas son pasajeras
y que vuelven en plata rubios cabellos.

No encontrarás varones afeminados
de esos que se enamoran de la elegancia,
de sombreros, de trajes y de calzados;
y que en grandes espejos ven su arrogancia.

Los machos de mi libro son fuertes todos,
sin que ensayen sus fuerzas para los circos;
las hicieron luchando de varios modos:
descuajando asperezas, labrando riscos,

Forjando en los talleres esos herrajes
con que los campesinos labran la tierra;
ni admiran oropeles en los ropajes
ni amasan sus aceros para la guerra.

Y no es porque en sus manos no esté segura
la espada que a Pizarro le honraba tanto:
hoy tiene iguales hijos la Extrema-dura,
y a ninguno la lucha le causa espanto.

Pero estos son modernos conquistadores,
y no quieren inicuas y absurdas leyes;
prefieren más las luchas por sus amores
que estériles consejos de avaros reyes.

Saben que de guerreras glorias ganadas,
suelen ser las grandezas sangre y escombros:
y los premios son luego cargas pesadas
que aniquilando llegan sobre los hombros.

Las armas de sus luchas ellos las baten;
pero no las emplean para la ruina:
las usan en los campos donde combaten
a la naturaleza bella y divina.

Y ella, al esfuerzo rudo de los guerreros,
vencida y generosa, muestra sus dones:
verduras, luego espigas, después graneros,
que es la paz y la gloria de estos varones.

También en el librejo que vas leyendo
has de encontrar personas «irracionales»;
yo todos sus errores voy reprendiendo,
lamentando angustiado sus tristes males.

En él también incluyo a las mujeres
que gozan murmurando de ajenas vidas:
éstas faltan ingratas a sus deberes
imprudentes causando tristes heridas.

Como soy fiel testigo, nada exagero,
y obras malas y buenas te las presento;
cumpla lo prometido siendo sincero,
ahora tú juzga libre mi pensamiento.

TRISTEZAS

Voy a contalti aqueyo, mujel mía;
te voy a icir las gielis de mi alma,
el por qué de chiquinu
siempre quería estar solu en la montaña;
el por qué no reía
cuando diva a tu casa
y estaba siempri serio, siempri tristi,
como las nubes pardas.

Yo nunca tuvi padres,
jui hijo de la desgracia,
jui un pilongu, ya ves, un hespiciano,
un naide, un peazo e zarza.

Solu tuvi querel de dos presonas:
de tío Lino y tía Cándida;
los dos que me sacaron del hespicio
pa tenelmi con ellos en su casa.

Eran dambos tan güenos y sentíos
que algunas vecis «hijo» me nombraban...
¡y si vieras, mujel, cuánta alegría
al oílos icil esa palabra!

Entonces de repente toas mis gielis
ajuyan de mi alma,
como ajuyen los lobos del cordero
al sentil los pastoris que lo guardan.

En el pueblo, en ves de Federico,
pilongu me nombraban;
las madres no querían vez nenguna
el velmi con sus hijos pá la plaza;
yo siempre estaba solu,
y por esu me diva a la montaña.

Yo era pa toa la jenti como un trapo
lleno de repunanza;
los que mejol chalral quisun conmigo
me jerfan más fuerte con sus chalras.

Unas vecis me icían: —Pilonguinu,
el velti siempre solu mos da ansia;
mos dueli que los mozus del lugal
tos te ajuyan la cara,
como si tú tuvieras culpa alguna
de otras presonas malas.

Yo antoncis no poía estal oyendu,
y ajuía corriendu a la montaña,
a lloral ayí solu toas las gielis
que ajogaban mi alma.

No querla pensal si tenía padres,
y con ellos ca y cuando me soñaba;
los vla cerca e mí, yamalmi hijo...
¡qué dulcis me sabían sus palabras!

Yo abría los brazos pa apretal a dambos
y ellos también mu fuerte me abrazaban;
dicían que eran felices con jayalme
y que todas mis gielis los contara;...
yo antonces las icía...
¡Y si vieras qué trístis se queaban!

Antoncis me jácían más caricias
y me daban más besos en la cara;
mi madre me cogía como a un neni,
icléndome: —¡Hijo mío de mi alma...!
Qué alegre estaba yo, mujel quería,
cuando to estu soñaba,
y qué trísti, qué trísti iba queando
al dispertal solinu en la montaña.



SÚPLICA

Virgin santa, Virgin milagrosa,
hoy te vengu a peil de rodillas
que arrecijas mis lágrimas toas
en tu pecho de madre afligía.

Tú que tienis a un hijo en los brazos,
duélite de esta probi ancianita,
que te vieni a contal toas sus penas
y toas sus fatigas.

Que por muchas que pueas figuralti,
son más grandis, más grandis toavía,
los tormentos que yo estoy pasando,
Virgin bendita,
al miral al mocitu que tengo
sentao en una silla,
sin poel revolvetsi de ella,
porque está ciego y no ve aondi pisa.

Ya hemos dío a la Ciudá cuatro vecis
ancá del dotor oculista,
y mos ici que no pué operali,
que esperemos más tiempo entoavía;
y tú bien comprendis, Señora,

que poquinu a poco se me va la vida,
y el día que me muera,
no tendrá quien le cudie y le asista
ni quien le consueli
de toas sus fatigas;
y ya ves qué dolol pa una madre
morilsí pa siempre y quealo asina...

Si pudiera yo dali mis ojos,
cuántu ha que tuviera ya vista;
porque solu el miralo tan trísti,
sin tenel una miaja de risa,
me poni mōorra,
me quea la cabeza bullía,
me estremezu toíta niervosa
y me ajogo de pena y agina.

Otras vecis ya está anochecho
cuandu suena la alegre cuadrilla
de los mozus que pasan de ronda
tocandu y cantandu cosas mu bonitas;
tos tién elusionis, tién ganas de gromas
y esperan las mozas con cara de risa;
solu falta un mocitu que canti
y que rondi al reol de una esquina:
esí mozu es mi hijo querío,
que se ajoga quietinu en la silla
porque quierí que ajuyan sus llorus

porque yo no me apení y aflija...
Tú que tienis un hijo en los brazos,
duélite de esta probi ancianita.

Y si es que te jici alguna acción mala
mándame revolcar en jortigas,
que me escaldin con agua cociendo,
y me jagan cien mil perrerías;
pero güelvi, por Dios, Virgin santa,
güelvi, güelvi al mocitu la vista.

¡Tú que tienis un hijo en los brazos,
duélite de esta probi ancianita!

HOMBRADA

Estoy jorguloso
con el mi muchacho;
antiel mesmamenti
cumplió doce años,
y como era justo
nos juimos ya dambos
a probal el vino
que vendi Serapio.

Si viera el compadre que juerga corrimos
jugandu a las cartas, bebiendu y cantando,
se hubiera refo
al vel a su ahijao
sin saber aonde estaba siquiera
ni poel sostenelsi en el banco.

Al prencipio, si le daban vino
solu daba un trago,
y después se queaba mu quieto
con dambos los brazos cruzaes;
hasta que le ije
mu recio y con cuajo:

«Hijo, pa sel hombre
ties que sel jumaol y borracho;
ten un puro, a jumal ahora mesmo,
a dal vocis y a bailal los tangos,
y si algún chulapón quie estorbalti
tén esta navaja pa cortali el garbo,

Y dende ahora mesmo
voy a dalti cuartos,
pa que pueas jumal cuando quieras
y poelti soplal algún vaso.»

Le alargué la jarra, se tapó los ojos,
y se dió un güen trago,
hizu mil carañas, comenzó a dal vocis
y tiral los bancos,
hasta que nos juimos ya tupíos de vino
cogíos del brazo.

Al legal a casa,
nos estaba su madre aguardando,
y al velmos tan chispos
empezó a reilse mu alto
y llamó a cuasi toas las vecinas
pa contal el caso.

Yo, aunque estaba mosco,
me queé agalbao,
y oi a la comadre que asina decía:

«Esti hombre es como un diablo;
se ha dío a la taberna
y al probe muchacho
se ha llevao consigo
y lo ha emborrachao,
y ahora mesmo llegan
cogíos del brazo.

¿Qué se habrá creío
esti saca trapos
que no se conforma con dal descalientos
sino que ya quierl que los dé el muchacho?

Mas valiera le diesi las letras
en lugal de enseñali pecaos,
y en vés de querelo tan presto hacel hombre,
lo enseñara primero a ganalo;
que si a mí me gusta el velu algo chispo
pa reili las gracias un rato,
me dá descaliento pensal que se caiga
y se puea jeril por borracho.»

Toas estas piamplinas
las decía en la calle mu alto;
unas vecis riyendusi alegri,
otras vecis mu triste llorando;
y yo dende adrento, al oil la gresca,
la ije entoavía más alto:

«¡Cállate, so pescá! ¿No dicías:
«Tengo ganas que creza el muchacho?»
Pos ríete, porque el hombre que es hombre
tié que sel jumaol y borracho.»

FRACASO DE UN TENORIO

—Paece que trabajas mucho.
¡Vaya con esta muchacha
que mala suerti ha tenío
siendu tan lista y tan guapa!

¡Porque hay que vel que está hermosa!
Tié unos coloris tu cara
comu el cielo engalanao
cuantis vieni la mañana.

Pos no igo ná tu jechura:
delgá de abajo y mu alta
y por alanti arribón
paece tó una calabaza.

Mujel lo mesmo que tú
no puedi habela en España;
yo no sé lo que te he jecho
pa que me ajuyas la cara,
sabiendu que por selvirti
diera toita mi casa,
las trojis con los graneros,
los ganaos, y la senara.

Hoy he venío ondi ti
 porque me jieri, muchacha
 el velti en tantos trabajos
 y siempri jecha una esclava.

Tu marío en la taberna,
 tú sachandu las patatas,
 y luego irá que te quieri...
 ¡qué poca velgüenza gasta!

Si tu me quisieras, Julia,
 na te golvería hacel falta:
 ni escardal en los trigalis,
 ni labral en las besanas,
 ni dil al monti a por leña,
 ni a segal con la guadaña;
 ni dil a ponel garbanzos,
 ni dil a sachal patatas
 ni estar trillandu entre siesta
 mientras la calor abrasa.

Y asín un día y esotro
 trabaja que te trabaja,
 mientras que el gandul del hombre,
 tumbao a la verdolaga,
 no jace más que enguyil
 y dicilti cosas malas;
 y si na más juera esu

pué que le dieras las gracias
 que el sinvelgüenza, además,
 tó lo que puedi te gasta,
 y si le dás güen consejo
 con trompazos te lo paga.

Si tú quisieras sel mía,
 pué que conmigo encontraras
 un hombre que destinguiesi
 la majura de tu cara,
 la gracia que tié tu cuerpo
 y el querel que aentro guardas;
 yo por pago te daría
 riquezas, ropas y alhajas,
 y tó el cariño que tengo
 que es más grandi que la España.

Conque dí si estás conformi,
 piensa bien lo que te ganas,
 y ahora que traigo tu suerte
 métila presto en tu casa.

—No quieru na que sea tuyo,
 ni riquezas ni senara,
 quiero vivil siempre probó,
 peru estal limpia y honrada.

Me ices que qué te he jecho
 pa que te ajuya la cara...

Y dimi, ¿tienes vergüenza
pa icilmi eso, canalla?

Yo pa con toda la jenti
soy bien hablá, güena y franca,
a naide le ajuyo el rostro
ni le niegu la palabra
siempri que sean bien hablaos
y mala intención no traigan.

Peru a tí, ¿iba a miralti
viendu que estabas de guardia
pa cuandu me vias pasal
vel mó de metel la pata?

¿O es que te piensas que soy
de esas que jacen dos caras?

Tú es que eris mu porrón;
si no, cuántu ha que estabas
convencio que contigo
no quieru cuentas pa nada.

Me ofrecis toas tus riquezas,
tus ganaos y tu senara...

¿Y qué es esu, si el tesoro
del mundo entero no basta
pa cegal a la honraés
ni inclinal a su balanza?

Tamién hablas de cariño
y de que mucho me amas;
si fuera verdá to esu
no buscaras mi desgracia
quisiendumi condenal
a la deshonra y la infamia.

Tamién me llamabas lista
con tu maliciosa labia:
sí que lo soy, porque he visto
que haci tiempo me buscabas
solamenti pa perdelmi
como hoy lo vide en tu chakra.

Mentastis tamién mi hombre
desajerandu sus faltas;
pos he de icilti a esu
que a tí no te pidí nada,
y si me pega algún golpi
yo se lo perdono, y basta.

Y escúchalo para siempri:
mí madre jué siempre honrada;
al morilsi me ejó
el tesoru de más valia:
su nombre y toa su honraés;
con esu na me haci falta;
trabajaré lo que puea

pa que vivamus en casa,
y si hay algun desjustino
he de sufrilo con calma,
que esu jacin las mujeris
que tienin güenas entrañas;
al casalmi con mi hombre
juré a Dios sel siempri honrada,
y antis moril que faltali
a aquellas santas palabras.

Tú, con todú tu dinero,
puedis díl ondi tí plaza,
puedis merca lo que quieras,
to lo bonitu que haiga...

¡Peru cuidiau, cuidaito
con las mujeris honradas
que ni la honraés se vendi
ni con dinero se alcanza!...

Esto dijo la mujer
con altivez soberana,
y con ademán airoso
volvió al ricacho la espalda;
él se quedó avergonzado,
y ocultándose entre matas
fué lamentando el fracaso
camino de su senara.

EL JUBILADO

Me paece mentira
pensal que yo sea
aquel mozu juerte
que labró la tierra.

Aquel que cavandu
diva a la cabeza
y en todus los cortes
pusu la bandera.

Aquel que no tuvo
domingos ni fiestas
pa escansal un día
de la brega aquella.

¿Qué jué de sus años?
¿Qué ganó su fuerza...,
tantu como estuvu
juerte a la pelea?

Nueve años tendría
cuandu ya en la sierra
me queaba solu
al cuidiao de ovejas.

¡Qué nohis tan largas
las nohis aquellas,
cuando rejilando
me dormía en la jerga
sin otrus ropajis
que una manta estrecha!

Asín juí creciendu
entre aqueyas breñas
y entre los peñascos
de las barranqueras.

A los quince años
ejé las borregas
pa dílimi a un descuajo
que había en una jesa.

Lo mesmo que un roble
de juerte yo era...
y era toa mi cara
comu las cerezas.

Tantu trabajaba
que el amu e la jesa
al remate el corte
me llevó a su vera.

De gañán estuvi
en la casa aquella

cincuenta y seis años
sin nohis ni siestas
trabajando muchu
como en propia prenda.

Luegu murió el amo
y ejó sus riquezas
a dambos sobrinos
con ganaos y tierras.

Estus me aventaron
porque la jacienda
quieri jenti moza,
no presonas viejas.

Y hora aquí me jayo
llenu de probeza
sin otru alimentu
que el de mis tristezas.

¡Ya naide me quierí!
¡Ya todos me avientan!
¡Ya lo perdí todú!...
¡Ya no tengu juerzas!

*Para la fiesta de homenaje en honor del ilustre
poeta D. José María Gabriel y Galán.*

I

No juera quien soy, ni juera extremeño
dino de sel hijo de esi bravu suelo,
si al sabel las nuevas que train los papelís
de las fiestas que adrán al maestro,
no me echara pa lanti e ijiera:

Tomal mi jacienda, apañal to esu...
que aunque nada vali, porque son papelís
de historietas de coplas y cuentos,
y estas cosas están espreciás
porque no sueltan pringuí al puchero,
ni son vacas que parin cá año,
ni gallinas que ponin los güevos,
ni matuju onde pacin las cabras,
que recuerdan la lechi y los quesos;
ni encinaris de ramas copúas,
de ondi sale la chicha y el fresco;
ni castaños, jigueras y cepas
que en las largas velás del invierno,
suenan los chasquíos

en el calvotero,
y andan las pitarras y los jigos pasos
oyendu los cuentos
que todos los años se sacan
y siempri son nuevos,
porque tienin sustancia y saboris
de mejoris tiempos,
cuando la hombradía era de más temple
y eran más perenes, porque eran más recios.

El agüelo habla sentao en el escaño
y con la tenaza jurgonea los leños:
los vecinos escuchan y callan,
los muchachos no pierden un gesto
y las vieias, jaciendu calcetas,
chalran de queñu o prencipian rezos.

Tamién suenan risotas que salin
de una parejina que cerca del fuego
chalran toas las noches de las mesmas cosas
y nunca se cansan de chalral lo mesmo,
porque sabin siempri las palabras esas
comu el zumu rico del vinillo viejo.

Porque son cosinas que los años train,
y mos dan dulzuras, y mos dan tolmentos,
y mos train bondaes, cuandu semus nobles,
y esperanzas santas, cuandu semus güenos.

Peru probi, probi del que no sea franco
y con engañiflas esparrami el cieno,
porque antoncís siempri vivirá azogao,
y de charcos sucijs nutrirá su cuerpo...
porque antoncís nunca gustará las mielis
de las floris puras de los campos nuestros.

Quien cantaba en los años felices
de los güenos tiempos,
de la paz de las casas honradas,
de las frutas sabrosas del güerto,
del cantal de los recios gañanis,
del jimplal del chiquinu vaquero,
de las dulcis'tonás de la tierra
cargás de dulzuras y de sentimientos.

De la lágrima nobli y sentía
que esprendiosi del probi vaquero
y queó en la zamarra temblando...
comu culebrina que se metí aentro.

De las mozas que cantan lavando
en los arroyuelos.

De las flautas de tiernos pastoris
de sentiris y amoris enfelmos,
de la alondra sencilla que canta,
del trinal del alegre jilguero,
de amapolas que adornan trigales,
de mocitas que cruzan balbechos.

Del olol que esparraman las floris
la albiaca, el tomillo y el jeno.

De las aguas que cruzan las presas,
las tulbinas y ruedas moviendo.

La efensa del macho encelao
al jedol de su santu recuerdo
al quereli jincal al osao
que a la cama tocara ni un pelo.

De las coplas helmosas y tiernas
que escribió de sentiris deshecho,
al jincalsi en la tierra jimplandu
frenti al Cristu benditu del pueblo...

III

Peru ya se acabarun las coplas,
y los campos helmosos y bellos,
y el perfumi que echaban las floris,
perejilis y gramas y berros.

Ya no luce ni el sol como antoncis,
ni la luna acompaña al sereno,
ni se duelmi a la orilla e la charca
arrullao por los sonis aquellos.

Ya no cantan las lindas mocitas
al lleval la comía a los güertos
ni en la plaza los días de fiesta
toca como antoncis el tamborilero.

IV

Se acabó toditu, porque ya no hay naide
que escribilos sepa los sentiris estos:
y por esu todú se vistió de lutu
dende el tristi día que murió el maestro.

CARTA AMOROSA

Sabrás que me encuentro bien
dende que partí del pueblo,
y esu que aquí en la melicia
hay unos cabos mu retos,
que pa enseñal la estrución
mos aselañan los deos
en metá de toa la cara,
y dicin: —Tú, pol paletu,
arrestao pol quinci días
pol no habel llegao a tiempo.

Otras vecis mos dan chufas
porque no brillan los jierros,
y cuasi que tós los días
mos falta a alguno dinero
sin que se puea averigual,
porque tós semos lo mesmo.

Yo cuandu llegué al cuartel
paecía que estaba durmiendo;
me gastaba toas las perras
con los cabos y salgentos,
y ellus, pa que las soltasi,

me llamaban «compañero»;
 después que se me acabaron
 me icían: —Amigo nuestro,
 sácanos esus chorizos
 que trujistis de tu pueblo,
 que, según mos tienin dicho,
 nadie los truju tan güenos.

Y, claru está, los saqué
 pa tenelos más contentos,
 y los tunantis, después
 de no dejal ni el pellejo,
 al vel que ná me queaba,
 me dejaron y se fueron
 arrimándose a otros quintos
 pa dil jaciendo lo mesmo;
 así que, prenda quería,
 hay que abril el ojo presto,
 porque luego hay veteranos,
 mu pillos y mu rateros,
 que sabin quitálí a unu,
 sin que dispierti del sueño,
 la camisa y toas las prendas
 hasta dejalmos en cueros.

Y pa que pueas enteralti
 de la verdá de tó esto,
 te voy a icil, prenda mía,
 lo que esotros me jicieron.

Cuandu mi tía Jinoveva
 me mandó con tío Siderio
 los ochenta y dos realis,
 ensegua se lo golieron,
 y pa yamalmi, dicían:

—Venga usté, señor D. Recio,
 que presona tan lustrá
 mereci tós los respetos;
 usté, pol sabel de pluma,
 va a ser cabo furriel presto,
 y queremos preparali
 pal día que desaminemos;
 bien mos puedi dal las gracias
 por tós aquellos currelos
 que le dimos pa enseñali,
 que bien mos los merecemos;
 además, después de cabo,
 le haremos presto salgento,
 que bien sabemos toitos
 que cuando vaiga a su pueblo
 toa la genti va a icil:

¿Habéis visto a Lucas Recio?
 Cuandu se jué no era naide,
 y ahora güelvi de salgento.

Y cuandu usté vaiga a vel
 a esi peazu de cielo

que mos ici que es su novia,
y la vea jadiendu el pienso
pa echálsilo a los lechonis,
la va usté a icil: —Remedios,
no quiero que andes asina,
que la novia de un salgento,
en ves de andal descalzona,
tié que calzalsi de nuevo,
y, en ves de estal embarrá,
tenel anillo en los dcos.

Y con toas estas cosinas,
y otras más que me dijieron,
me quearun sin un cuarto,
pero alegri y satisfecho,
porque pué sel que algún día
me vea vestío de salgento,
y sé yo pol güena tinta
que echan al rancho los güesos
y ellus se comin la carni
y se chupan tó lo güeno.

Otra cosa voy a icil:
y es que me escribas, Remedios,
diciéndumi si es verdá
que tu tía Juana se ha muerto,
y, si te manda el matuju,
que Dios la tenga en cielo.

SEÑÁ SINFOROSA

—¿Dónde va la señá Sinforosa
que tan sola se va a pasear?

—Voy a ver a la gente que pasa
y de paso también a mirar
las señoras que van al pasado
si es que visten la moda verdá,
y a reirme un gran rato con todas
las que quieran mi porte imitar.

—Qué locura tan grande, tía Pepa,
las que tienen las damas de acá,
nada menos querer compararse
con quien fué a los salones a dar
esplendor de elegancia y finura
derrochando el arte de la novedad.

¡Y que cuatro señoras antiguas
con dos o tres trajes, quieran achicar
a mi porte gentil y hechicero,
el más arrogante de la humanidad,
cursil y flexible, red de enamorados,
y agudo puñal
donde se destrozán corazones nobles
de la aristocracia más sentimental!

—Dígame, tía Pepa, ¿qué es lo que se dice desde que yo vine, por todo el lugar...? ¿Qué dicen los pollos al ver mi figura? ¿Qué dicen las chicas al ver mi collar; la mujer del médico, la del boticario, la hija de don Julio y doña Piedad, que son entre todas las más señoritas y las que lo pueden mejor apreciar?

—Misté, seña Sinfo, yo voy a icile de lo que pregunta toda la verdá pa que usté ca y cuando coja los avios y se largui ascape de este matorral, donde no hay na más que muchas envidias y muchas maldaes y mu mal pensal.

Los mozos más viejos están resentios y están afligíos de vela pasal jecha una marquesa con trajes de seda, con tantos encajes y tan bien calzá.

Icen: —Ya no es Sinfo la pastora aquella tan guapa y quería por todú el lugar; dende que se ha visto vestía de señora a naide conoce ni se acuerda ya de los muchos años que ha vivió descalza al pie del ganao, con el su morral.

Y los hombris todus, toditus se duelin de véla tan maja y tan regá, icen que de un sueldo no pué salil eso, y que el mucho lujo siempri acaba en mal.

Las mujeres todas afirman lo mesmo y cuentan historias pa nunca acabal; unas que si es quería de un marqués, otras que es cortejo de algún general, las más atrevías que tié dos a un tiempo porque un hombri solu no pué tanto dal; y las señoritas no sé lo que icen porque solu he hablae con doña Piedad, y ésta solu ha dicho referenti a usté que quien jué pastora, pastora será, que el sel señorita no va en el vestil sino en sabel selo y sabel hablal.

Y yo crco lo mesmo, seña Sinforosa, que usté de pastora valía mucho más; porque lo postizo siempri jué postizo y lo más bonito es lo natural.

y le jace apartal de sus padres
y robali el cariño que tenga.

Ya va pa tres meses
que se jué con ella;
yo bien sé que al marchalsi del pueblo,
aunque risa yevara por juera,
al pensal en sus padres, por drento
lloraba de pena,
como yo me ajogo
pensandu en las jielis que él tenga.

LA LLEGADA

I

Suenan golpes, aviva la lumbre;
llaman a la puerta;
¿será nuestro hijo,
Fidela?

No es naide, no bajis
y ajorras la vuelta,
que ya llevas bajao cuatro vecis
y es aire engañoso que suena...

Baja, baja, Pascasio querío;
corri, corri, cudiao la escalera;
toma, toma el candil pa alumbrali,
que es el mozu el que llama a la puerta,
que yo, mientras subí,
voy a la despensa
a por unos peazos de magras
pa jaceli unas sopas con ellas.

Al salir el anciano al encuentro
creyó que la muerte helaba sus venas,
pues vió que a su hijo
subíanlo a cuesta
dos hombres extraños
de lejanas tierras.

II

El padre quedó enmudecido
y más quieto que estatua de piedra.
Al llegar donde estaba el anciano
aliviaron los hombres sus fuerzas,
colocando la carga del mozo
en la silla cercana a la hoguera.

Él entonces, haciendo un esfuerzo,
desprendióse un momento de ella,
y rompiendo el silencio que había
razonó en la siguiente manera:

—¡Padre mío, me dueli toa el alma
de venil rengueando y sin juerzas,
yo que juy quien juyó siendu juerte
de la casa esta,
dejándovos solos,
sin ayúas y llenus de pena,
sin miral que los campos estaban
en lo más delicao de la siembra;
sin miral que mis brazos antonces
eran nueva semilla en la tierra;
sin miral que os ejaba agobiaos
por las muchas y juertes faenas!

Peru ná, ná miré de tó esu,
aunque bien lo pensó mi cabeza;
puedi más el amol que toitu...,
y por eso me juí con la Andrea.

Y ahora aquí me tienes,
¡ya se murió ella!...

Yo, del sentimiento,
tuvi una dolencia
que me tuvo con fiebri dos mesis
y me jizu cogel la renguera.

Conque ya lo sabe,
que ná me merezu ni tengü querencia,
¡he perdió el cariño más grandil!...
Pa vusotros es ya el que me quea.

¡Ay!, que ajinos venil a esta casa
sin poel ayual a las siembras,
y otras vecis que pudi jacelo
ajuí sin golvel la cabeza.

Esto dijo el muchacho afligido,
desgarrado de angustia y de pena;
y su padre, con voz amorosa,
dulcemente le da esta respuesta:

—No tiés más que icil, hijo mío;
yo bien sé que el amol siempre ciega

y que tós en la vía tenemos
anguna ceguera.

No tiés más que acordalti de aquello:
se murió, pacencia;
y ahora tú a comel y arrecialti,
que por algo se ejó en la boega
los jamonis y tós los chorizos
y de vino una güena cubeta.

Voy corriendo a tu madre a icila
que venga, que venga,
y ayuáli a trael los avíos
pa jacelti en seguía la cena...

Y ya sabís, a olvial toito
y a que no te ajini pensal en la siembra,
que antoavía soy juerte
pa bregar en ella.

Ya va amaneciendu...
¡Corri aquí, Fidela,
corri que abracemus dambos nuestro hijo...
ya ejó la tolmenta,
ya cantan los gallos
y el cielo clarea...
dalmi presto otro abrazo, que voy desegüía
a labral con la yunta a la vega!

MUDANZAS

No pueo remedialo:
esti sentimiento,
aunque es una cosa
que tos la sabemos,
me llena de pena,
querío Emeterio.

No pué que yo olvidí
que mi hija Manuela
dispués de casalsi
ya no es lo que era;
cuandu vieni a casa
paeci forastera.

No vieni a diario
ni sus besos son
como aquellos tiempos
cuandu me besó;
paeci menos hija
desde que casó.

tan simple y tan rara;
ya soy otra distinta que era
y antoncis pensaba
en los mil peligros que corría mi hijo
si al ser mayorcino jugaba en la plaza,
en donde amenazar cien carros al día
y otras tantas bestias que por allí pasan.

Y después, cuando fuera ya mozu,
yo también pensaba
en la suerti del día de la quinta
si era güena o mala,
¡santo Dios, si a la guerra lo llevan
y allí me lo matan...!,
y temblé de espanto
ante la tristeza que me amenazaba;
y pa consolarmi de aquella borrasca
le miré más hombri, ya cumplío de quintas
al pie del altar con la su muchacha,
una güena moza que era forastera,
de familia honrá y de genti alta,
porque aquí ya sabís que aunque semos buenas,
semos atrasás y semos más bastas...,
y cuando salimos todos de la iglesia
al vel la alegría que me rebosaba
empecé a lloral, luego abrí los ojos
y pedí a la Virgen que me consolara.

CONSEJOS

Ven acá, vecina,
ven presto y no llores,
güena gana tienís de desazonalti
y aguantal a esi peazo de roble
que en lugal de jacelte caricias
te da desazones.

Bien te lo ícía antes de casalti:
mira lo que jaces que no lo conoces
que aunque tieni la cara de güeno
tié los pies mu grandis pa dal tropicones;
piénsalo, vecina,
piensa que los hombres,
son unos hipróquitas, unos retunantes
y unos rebribones;
que son mu santitos cuando buscan novias;
mu trabajadores,
no les gusta el vino, se aburren jugando
y hablan sin dal voces.

Después que se casan, al prencipio, ¡vaya!
peru luego rompen
con toa la bravura,
no escuchan razones,

se jacen gandules, van a la taberna,
jugan a las cartas, y después se cojen
una güena chispa, van hablandu alto,
y a callal, porque empiezan los golpes.

Más estiman el perro que tengan
pa cudial las cabrillas del monte,
que a la mesma mujel que los guisa,
que a la mesma mujel que los cose.

No haci mucho escuché a tía Leandra
que icía a su marío estas razones:

Netalí, ajuye al trabajo,
vaite con la yunta y el barbecho rompe,
que el que en el Otoño no siembra,
en Agosto tampoco arrecoge.

Piensa que la vida tié necesidaes
y que la familia subí mu de golpe,
que los reitos comin a la mesa,
que los comestibles valin más de al doble
que los pagos se ayegan ca y cuando
y que de cá día vamos a peores;
piénsalo, por la Virgin bendita,
que va pa dos meses que la azá no cojes
y en cambio te vas al casino
lo mesmito que tós los señores.

No mu bien acabó tía Leandra
cuando su marío la empezó a dal polpes
la llamó golosa, cochina, canalla,
ruina de su casa, mujer de desorden
y otras cosas más toavía,
apretandu los puños y alzandu las voces,
y, por último, remató la función
diciendu: ¡quien manda es el hombre!

Acuérdate, amiga, que yo te lo ije,
y tamién otras cosas peores,
peru tú, entontuná, no creías
que asín se portaran los hombres.

Otru día me ijistes riyendo:
Qué felí, tía Sinda, soy con mis amores,
ya ha venío Gaspal del mercao,
y ma regalao un pal de mantones:
según ice, ha ganao dos mil reales
al poquinu tiempo de llegal anoche,
y como es tan güeno, antis de venísi
me ha mercao tó esto: ¡Miri usté qué hombre!

Ya le tengu dichu:
vaite a otro miercoles,
juga y lo que ganis
lo empleas en lechones,
y Díos quiera y la Virgin bendita
que mu presto engorden.

—¡Ay, muchacha loca—
le ije yo entonces—;
pecaora de ti que no sabís
qué son jugaores!

Dí, muchacha loca,
¿tú no te asupones
que si al juego ha ganao dos mil reales
pué mañana mesmo perdel más de al doble?

¿Y que muchos han dío con ganaos,
y han güelto transíos, llenos de jirones
sin ganaos, sin dinero y sin créitos?
¿tú no sabís qué son jugaores...?

Acuerda, vecina, que tó te lo ije:
que Dios te perdone,
y ya que tu suerte es como la mía,
ten calma y no llores:
y pa por si acaso, si algún día enviudaras,
que no te se olviden las malas acciones,
pol que yo con sabelo al primero
ya he sufrio con cuatro bribones,
y me temu, vecina, si enviudo
el tenel que sufril a otro hombre,
porque sé que es mi sino los palos
y ya no me jago no yendu a los golpes.

DESENGAÑO

Ya era yo mocitu,
ya tocaba el arpa
al son de esas coplas
que en mi tierra cantan,
y toitas las nochis
rondaba una casa
que era menuina
mu limpia y mu blanca.

Mi novia era Luisa
la más pulía y guapa
de todas las mozas
que vió Peñablanca.

Tenía ojos negros,
largas las pestañas,
roja era de pelo
y asín la llamaban.

Era una rosina
fresquina y galana
toito su cuerpo
y toita su cara.

Yo alegri vivía
porque ella me amaba
peru ¡ay!, el sel probi
es mucha desgracia,
pus sé que una nochi
tía Jinia la «Galga»
habló con la madre
de Luisa en su casa
y asina se hablaron
con mucho «aque!» dambas:

II

—Comadre Pelpetua, al salil del rosario
me topé con tía Quica la «Gacha»
que de dal venía agua a la burranca,
y me hizu que juera
con ella a su casa
pa hablal de un negocio
que vais hacel dambas.

Se trata, comadre, de que a tu Luisilla
con el su muchacho vamos a casala,
porque ice el mozu
que tieni ya gana
de velsi casao
pa que en ves de Periquín el «Pasa»
le llamen tío Peiro el «Menúo»
que es como llamaban
a su probe padre
que Dios tenga en gracia.

Ahora yo te digo
que con esti yerno llevas más ventajas,
pos tieni un cercao de mu güena tierra
una viña con mu güenas parras,

treinta y seis olivos,
 y cuarenta cabras
 que toas son mu nuevas
 y de güena casta;
 tié un praíto que dá mucho jeno
 ondi paci la yunta de vacas
 de las que le dieron por las crías hogaño
 ochocientos rales en el mesmo Zafra;
 tié una helmosa burra que siendo presona
 no tuviera envidia a la tu muchacha,
 deciséis poneoras gallinas,
 y dos lechonatas
 que de que las cebí,
 si no se desgracian,
 van a sel la envidia de toas las mujeres
 que haiga en Peñablanca.

Tieni toas las trojis llenitas de trigo,
 de cebá, de garbanzos y jabas
 pa cebal a las dos lechoncitas
 y comel más de un año a la jarta
 las gallinas, la burra, tía Quica,
 el mozu, el perru y las vacas.

Tieni la bodega de vino y aceite
 mu bien prevenia, con güena matanza,
 y el muchacho no es malo ni feo
 porque na más tieni dos miajas de falta.

y al vela me dió tanta ansia
 que aunque quisi jacelmi la juerte
 sin poel remedialo lloraba.

Por esu he venío a daltí un consejo,
 y porque te quiero yo como a una hermana,
 ahora que la suerte llama a la tu puerta
 quiero que la abras.

Ya ves si le esperas
 al mozu e tía Carpia
 que toíto el servicio
 cumplile le falta,
 ¡pué que a la tu «Roja»
 le haigan salío canas!
 y las mozas que llegan a viejas
 mu pocas se casan.

—Por to lo que has dicho
 yo te doy las gracias
 y dili a tía Quica
 que venga mañana
 que yo diré a Luisa que riña con Lucio
 cuantis venga esta nochí a rondala.

Él de aquí a tres días se va a la melicia,
 y mientras que güelvi poemas casala,
 y si ella me ici que no jaci eso
 la encierro y la doy una güena somanta.

Pero dimi, ¿sabe el mozu e tía Quica
que va sel marío de la mi muchacha?

—Te digo, Perpetua,
que Perico no sabi ahora nada,
solu sé que l'ha dicho a su madre:

«Me busque usté novia, que aunque ella no
que tenga jacienda, [valga,
porque con dinero toíto se tapa;
y más que las mozas
son como las peras que van a la plaza
que paicín helmosas por juera
y aluego por drento están llenas de macas.»

Y no creas, comadre, que esto que él ha dicho
va por tu muchacha
porque tós en el pueblo sabemos
que es como una rosa llena de alegancia.

Vá por esas otras
que múan el habla,
se dan con pinturas,
se enjarinan toita la cara,
se ponin aluego telas e ceazos
y unos sombreronis como las banastas,
gastan vestimientas con muchos encajis
y unos zapatinos con tacón de a cuarta.

Me voy ya, comadre,
voy a dil a rezal por el alma
de esi mozu que ha muerto en la guerra,
ya que dal consuelo no puea a doña Paca;
pero iré primero a vel a tía Quica
pa icili que venga mañana.

El último día
juí a despedirmi de la mi muchacha
y al mirali el rostro
vide que lloraba.

Yo entonces la ije:
—No lloris, mi alma,
que el amol tié podel pa toito:
dá al tristi esperanza
pa que puea sel felí algún día
a la vera de aquella que ama.

Ya verás que chiquinu es el mundo
con tós los adornos con que lo engalanan.

Yo seré más dichoso en el campo
tenienduti cerca pa velti la cara
en una chocina que yo adré pa dambos
de escobas y tarmas;
madrugando pa dil al trabajo
cuando vaya acercándose el alba,
y al mirala tan linda y tan pura
y escuchal a las aves que cantan,
me creeré que contemplo tu rostro
y que escucho tus dulcis palabras.

Y después que trabaji to el día
y crezan las sombras en toas las montañas,
golveré a descansal en tus brazos
y a eclisalmi en tus dulcis miradas.

Jorguloso estaré de sel tuyo
y de vel que a mí sólo me amas.

Te lo juro por toitos los santos:
esos ojos tuyos yo no los cambiaba
por toas las riquezas que existen arriba
y en la tierra, y adrento del agua...

IV

Yo me juy al selvicio;
dende allí la mandé muchas cartas,
pero tía Pelpetua
toitas las rajaba
pa que juera olvidándome a mí
y podela casal a sus anchas.

Cierto día jué al cuartel un paisano
pa contalmi to lo que pasaba,
y yo, al veli, atrochando le ije:
—¡Dimi lo que ha sío de la mí muchacha!

Y antoncis me ijo:
—La noticia que está más esata,
es que a Luisa la «Roja»
la enterrarun antiel de mañana,
y to el pueblo ice que ha muerto de pena
por habela casao con el «Pasa».

No quísi dejali
que más me contara:
comencé a dal vocis
apretando los puños con rabia,
se me puson los pelos de punta
y los ojos lo mesmo que llamas.

Dende entoncís toitu me aburre.
dende entoncís toitu me empacha;
¡clavá llevu en el pecho una espina
y un ñuo que me ajoga tengü en la garganta!

Solu por las nochis mirandu a la luna
se alegra mi alma
porque me paeci que allí está mi Luisa
y por señas me ice que vaya...

GRATITUD

Jaga usté el favol, don Benito,
no me jaga desprecio,
cójame el chivarru
que con tanto mimu cuidié pa el maestro.

A mí no me extraña que usté en mí no caiga...
¡¡jace tantu tiempo!...
peru voy a icili quién soy:
yo soy Desiderio,
aquel cabreroti que usté castigaba
por sei tan travieso.

A quien más de un día
llevó usté al encierro
por abelsi escapao de la escuela
con otros muñecos,
sin quere! atendela sus razones
ni escuchal a sus sanos consejos.

Pos bien: lo poquino que al fin aprendí
(que a usté güen trabajo le costó, por cierto),
me ha valío en la vida pa muchu,
y me está valiendo.

Yo llevo a los montes las cabras...
peru antes tanteo
cuántu puedin costalmi los pastos
por tó el año entero.

Cuántu puedi valel mi trabajo,
cuántu la comía que se comi el perro,
cuántu vali el calzau que destrozu
y otras menuencias que cuestan dinero.

Luegu jago otra cuenta: qué leche
puen dalmi las cabras, así por lo medio;
cuántu puedu sacal de esa leche,
cuántu de calostros, cuántu de los quesos,
cuántu puedu sacal de las crías...
y el valol de las chivas de aumento.

A una parti sumo todus los produtos
y a otra tós los debos.

Lo que arroja cá suma de éstas
la menol de la grandí la resto,
y sin dilmi ni a tontas ni a locas
ya sé, aproximao, si gano o si pierdo.

Tós estus saberis
a usté se los debo,
y hogaño que m'ha pintao bien
vengu a emostrali mi agraecimiento.

Tenga usté el chivarro,
querío maestro;
y ahora quieru pedile dos gracias
ya que usté es tan güeno:
que perdoni toas mis travesuras
y me eje la mano pa que le dé un beso.

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	I
Preludio.....	11
Tristezas.....	15
Súplica.....	19
Hombrada.....	23
Fracaso de un tenorio.....	27
El jubilado.....	33
Para la fiesta de homenaje en honor del ilustre poeta D. José María Gabriel y Galán.....	37
Carta amorosa.....	47
La herencia.....	53
Lo que es el amor.....	57
Señal Sincorosa.....	63
Amor eterno.....	67
La llegada.....	71
Mudanzas.....	77
La Virgen sueña.....	79
Consejos.....	81
Desengaño.....	85
Gratitud.....	99



Archivo digitalizado por:

BIBLIOTECA VIRTUAL EXTREMEÑA
<http://biblioteca.paseovirtual.net>